—Una imprudente palabra puede echarlo todo á perder—murmuró.—¡Es preciso evitar que se vean! . . . . .

V

Así que hubo devorado la larga epístola de su padre, la señora de la Tour du Roy frunció el ceño; sombria la mirada, abrió con un brusco movimiento la carta de Marcelo Laugier, que leyó lanzando de vez en cuando exclamaciones desdeñosas, acompañadas de movimientos de cabeza que expresaban el mas profundo desprecio.

Compréndese bien la impresion que debian y podian causar en una naturaleza como la de Lazarine las frases de amor de un hombre aborrecido.

Nos guardaremos de insertar las cuatro páginas de la carta del ex-teniente, que terminaba con las líneas siguientes:

"Agradezco con toda mi alma cuanto decís respecto de mi duelo. Es cierto que hubiera

sido muy culpable comprometiendo mi vida, que os pertenece; pero no ha estado en mí evitar un duelo absurdo é injustificado. No ha sido culpa mia. Mi honor de hombre y de soldado me obligaba á ir al terreno á que un loco me llamaba á mi pesar.

"No esteis intranquila por el porvenir. Las raras circunstancias de este triste asunto no pueden repetirse. Me prohibís que me bata; haré cuanto pueda por obedeceros, en cuanto de mí dependa. Amo la vida por muy agradables motivos. . . . quiero vivir.

"He sabido, y lo celebro, que mi adversario, que segun el médico no tenia esperanzas de salvarse, ha defraudado el pronóstico fatal del facultativo. A Dios gracias, la herida no era mortal, y me cabe el consuelo de no tener que arrepentirme de haber matado á un hombre contra mi voluntad.

"El motivo de vuestra marcha, querida Lazarine, es tan legítima y tan sagrada, que sufro vuestra ausencia resignado; mi dolor no por eso es menos profundo: me rodea el vacio. Soy un cuerpo sin alma: mi alma y mi corazon están con vos en el castillo de la Tour du Roy."

Lazarine estrujó en sus manos el papel y lo dejó caer al suelo; y en seguida, reincidiendo en el primitivo pensamiento, que ya habia ex-

presado al leer la carta de su padre, repitió:

—Es preciso evitar la posibilidad de una entrevista entre el principillo y Marcelo Laugier. Semejante entrevista hay que evitarla á toda costa. ¿Pero como?

La marquesa se entregó á profundas reflexiones, olvidando el almuerzo, que se enfriaba en la mesa.

Buscaba la solucion del problema.

Al cabo de algunos minutos levantó la cabeza.

—A grandes males, grandes remedios—dijo en alta voz.—Hay que apurar todos los medios para salir de esta situacion. La prudencia está demas cuando la necesidad se impone. Voy á jugar el todo por el todo. Carezco de persona que me ayude, y no pudiendo buscar á nadie, tendré que sacarme yo sola.

La marquesa almorzó de prisa y corriendo. En seguida se dirigió á su habitacion y escribió una tras otra tres cartas.

En la primera, muy corta, daba á Julio Leroux noticias de Juana.

La segunda, dirigida á Marcelo Laugier, estaba concebida en los siguientes términos:

"He encontrado á mi pobre hermana mas enferma de lo que creia cuando salí de Paris. Tengo pocas esperanzas de que se salve, y éstas de un momento á otro pueden desvanecerse.

"Si he de tener el valor y la energía que me faltan, necesito á mi lado uno de esos afectos que no dejan duda.

"Tal vez me califiqueis de voluble, y recordeis con este motivo el primer verso del famoso dístico que el rey galante escribió en el cristal de una vidriera: *Souvent femme varie!*

"Os autorizo hoy para hacer lo que os tengo prohibido, á pesar de vuestras súplicas, hace algunos meses. Volved á coger los bártulos y el traje de artista, la americana, la caja de colores, y venid, como ya lo habeis hecho antes, á instalaros en la hosteria de *El Caballo Blanco.*

"No os será difícil explicar al patron vuestra repentina partida y vuestro inexperado regreso. Nadie ignora, por otra parte, que los paisajistas eligen el otoño para realizar excursiones de estudios.

"Avisadme, escribiéndome desde Paris el dia de vuestra llegada.

"Una vez que esteis instalado, no me deis señales de vida, no os presenteis en el castillo, no escaleis muro alguno; ocultaos cuanto podais á los aldeanos, conducios, en fin, de manera que no llameis la atencion.

"Os ofrezco que la recompesa no se hará esperar.

"Existe fuera del parque, en la parte del bos

que contigua al muro de circunvalacion, y no lejos de cierto pabellon al cual llegásteis cierto dia por sorpresa, existe, digo, una enorme encina de trescientos ó cuatrocientos años, y acerca de la cual se cuenta una leyenda completamente desprovista de interés; esta encina se llama *el Patriarca.*

"Todos la conocen en el país, y cualquiera os conducirá hasta ella; podeis, no obstante, descubrirla sin guia y sin referencias, porque domina todos los árboles de los alrededores. Su tronco puede rivalizar con el famoso castaño de Robinston, muy querido á los estudiantes y á las grisetas que hacen de sus ramas un nido donde cobijar sus amores libres.

"Todos los dias, despues de las doce, os instalareis con vuestro caballete delante de *el Patriarca,* como si fuéraiś á tomar un estudio del natural de la luz.

"Tened paciencia, porque es posible se pase una semana entera sin que me veais, ya por la enfermedad de mi hermana que me detenga en Gordes, ya porque algun obstáculo imprevisto no me permita salir del castillo.

"Comprendereis que aquí debo ser mas prudente que en Paris.

"El paso que doy hoy es mas significativo que las frases mas elocuentes.

"Mas tarde ó mas temprano me presentaré,

y entonces convendremos en los medios de vernos.

"Si (como lo creo firmemente) deseais estar á mi lado, partid en seguida.

"En el tiempo que medie entre el recibo de mi carta y vuestra salida de Paris (tiempo que será corto) no veais á nadie, ni aun á mi padre, y sobre todo no hableis de mí. Vuestra voz os denuncia siempre que pronunciais mi nombre, y vuestra turbacion nos perjudica. Nada os digo de mis sentimientos. Suceda lo que quiera, no participo de vuestra alegria con respecto á la salvacion inesperada de vuestro adversario.

"Ese loco podria mataros.... y por tanto merecia que le hubiéseis muerto."

.....

.....

Lazarine habia escrito rápidamente, inspirada, sin tachar una palabra, sin detenerse; su pluma corria sobre el papel con tanta velocidad como su pensamiento.

Así que terminó leyó de nuevo la carta; y viendo que nada tenia que cambiar, la puso dentro de un sobre y escribió en él el nombre de Marcelo Laugier y las señas de su domicilio.

Lazarine volvió á leer entonces la carta de Julio Leroux, y se detuvo al llegar á esta frase: "El médico aseguró que no habia que te-

mer complicacion alguna, y que, por lo tanto, podia considerarse á Begourde como fuera de peligro. Mañana autorizará su regreso á Paris."

—Mañana es hoy—murmuró la señora de la Tour du Roy.—Héctor estará en la calle de Francisco I cuando llegue mi carta.

Cogió por tercera vez la pluma y escribió:

"No ha faltado quien os diga, querido príncipe, que la noche del funesto duelo una mujer que venia de Paris, vestida de luto y cubierta con un velo, loca de dolor lloraba á la cabecera del lecho en el cual, presa de un espantoso delirio, queríais arrancar de vuestro pecho un pedazo de espada ensangrentada.

"Aquella mujer, Héctor.... era yo.

"El médico habia pronunciado vuestra sentencia. Creí veros morir, y partí presa de mortal angustia y destrozada por el abatimiento, y tanto que me pregunto como no me he vuelto loca.

"Por fortuna, al dia siguiente supe que se habia obrado un milagro y que estábais fuera de peligro.

"De no ser así, Héctor, hoy no viviria ó estaria loca.

"He creido perderos, y este combate singu-

lar que en otro tiempo se llamaba juicio de Dios, ha triunfado la mala causa.

"¡Cuanta razon tenia para oponerme con todas mis fuerzas á la provocacion y á este lance á que os ha conducido vuestro valor!

"El instinto de la mujer que ama no se engaña jamas, ha dicho no sé quién; el mio auguraba un desenlace fatal para vos en el duelo.

"Héctor, querido Héctor, ¿por qué no me habeis oído? ¿Por qué no he tenido fuerzas para no separarme de vos y obligaros á renunciar al desafio?

"Gracias al cielo os habeis salvado.

"Quizá hayais extrañado, y estaríais en vuestro derecho al hacerlo, que no haya estado constantemente junto á vos. Mi sitio era al lado de vuestro lecho de muerte; pero un deber no menos imperioso, no menos sagrado y tan triste, me retiene lejos de vos."..... .....

Lazarine explicaba aquí lo que ya sabia el príncipe por Julio Leroux, es decir, la enfermedad de la condesa de Gordes, enfermedad que no consentia esperanza alguna.

Despues decia la marquesa:

"Hablemos del porvenir.

"Pensad, querido príncipe, que un segundo encuentro con vuestro odioso adversario es im-

posible. Os prohibo que penseis en provocarle de nuevo así que esteis curado; y si cometeis la locura de no obedecerme, yo me interpondré entre vuestras espadas para evitar el duelo.

"Me parece que os oigo decir que la situacion es la misma.

"Nó, cien veces nó. Es, por el contrario muy diferente.

"Desde que he estado á punto de perderos, he comprendido hasta que punto os amaba. Por ser vuestra esposa estoy dispuesta á todo, y antes que os veá exponeros de nuevo sacrificaré hasta el honor, ó mejor dicho mi reputacion, porque sé cuan sagrado es mi honor.

"Si fuera preciso, Héctor, partiríamos juntos, abandonariamos Paris sin dejar huella de nuestra fuga. Mi padre cuidará de las publicaciones legales, y celebraremos nuestro matrimonio en alguna ciudad de Inglaterra, de Italia ó de Alemania, en el consulado de Francia.

"Una vez casados, nada tendriamos que temer; mi perseguidor se consideraria vencido y no se atreveria á molestarnos.

"El porvenir es nuestro, querido príncipe.

"Nada de imprudencias, y sobre todo nada de reincidir. Curaos. Curaos para ser amado y para ser feliz. Vivid, en fin, para aquella de quien sois vida." . . . . . .

. . . . . .

Lazarine, que no habia firmado la carta que dirigia á Marcelo Laugier, firmó ésta; despues encargó á un criado que montase á caballo y dejase las cartas en el correo de Orleans, con objeto de que saliendo aquella misma noche fueran repartidas al dia siguiente en Paris.

Volvamos al castillo de Gordes.

VI

Han pasado tres dias.

El estado de la condesita era cada vez mas grave.

El mal, como sabemos, habia respetado hasta entonces su inteligencia, clara y lucida á pesar de contínuo padecer.

Una somnolencia física y moral paralizaba sus miembros y entorpecia sus ideas.

Hubiérasela creido dormida á no ser por sus grandes ojos, cuya mirada fija tenia algo que espantaba.

Habia cesado casi de sufrir; algunas veces